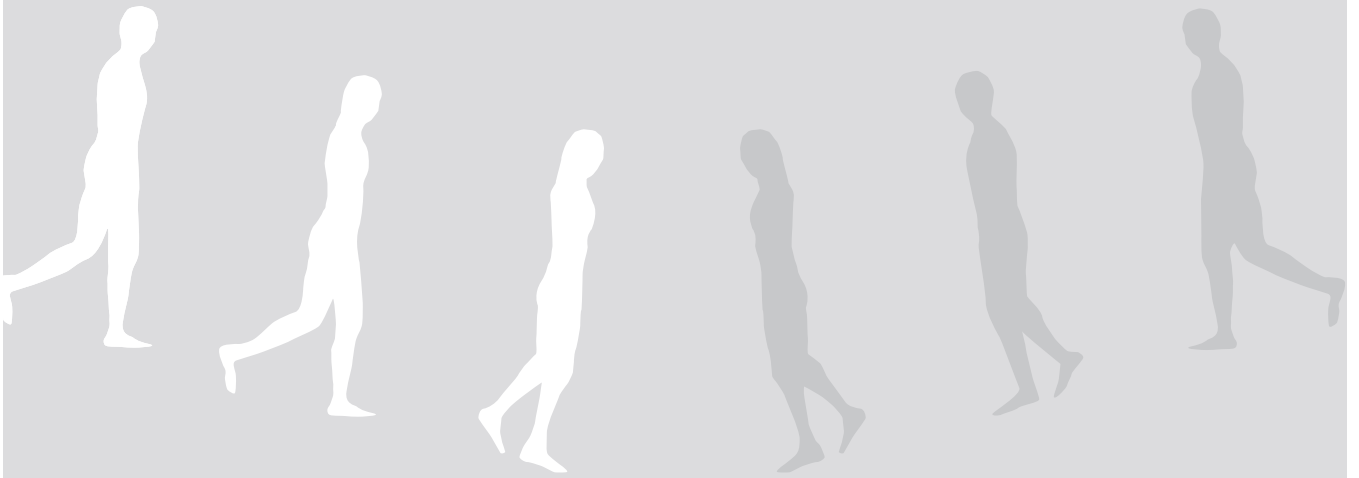


I N M E M O R I A M

I N M E M O R I A M





## RAYMOND BOUDON (1934-2013)

**SALVADOR GINER** *salvadorginer00@gmail.com*

*Miembro asociado, GEMASS*

Raymond Boudon, nacido en París en 1934, murió en abril de 2013. Licenciado en filosofía en la Escuela Normal Superior parisina, enseñó sociología en la Universidad de Burdeos, y más tarde, como catedrático, en la Sorbona, desde 1978. Fue nombrado profesor emérito en 2002. Junto a su actividad docente, fundó el Grupo de Estudios de los Métodos de Análisis Sociológico de la Sorbona, o GEMASS, en 1971. Lo dirigió hasta 1999 y lo presidió hasta su muerte, en abril de 2013. Boudon ha sido uno de los mayores sociólogos de los últimos decenios.

Su itinerario intelectual comienza con una estancia en los Estados Unidos y una primera colaboración en la Columbia University neoyorquina con el sociólogo cuantitativo vienés, allí residente, Paul Lazarsfeld. Fruto de ese período inicial fue su tesis de 1967 sobre *El análisis matemático de los hechos sociales*, que dirigió Jean Stoetzel. El título es interesante pues Boudon invoca en él a 'hechos sociales' (*faits sociaux*), a lo Durkheim, y no a 'datos sociales', que es a lo que ya en aquel momento se usaba en sociología. A esta labor añadió otra 'tesis complementaria', al modo francés, con el polémico título de *¿Para qué sirve la noción de estructura?*, dirigida por Raymond Aron, y publicada en 1968, es decir, en plena boga del llamado estructuralismo.

Abrazando (con algunas cualificaciones notables) el individualismo metodológico, a la sazón desconocido bajo ese nombre en la Europa continental, Boudon toma distancias insalvables frente a las diversas versiones holistas o estructuralistas predominantes a la sazón en Francia, al tiempo que desarrolla una intensa actitud de cultivo y relectura de los clásicos del pensamiento sociológico, desde Tocqueville a Simmel y Weber. Boudon se convierte con ello en un adalid de la cultura sociológica clásica, sobre la que edifica su propia aportación. Ello le exige, como no podía ser de otro modo en Francia, una reinterpretación individualista de Durkheim —cuya presencia en aquel país es abrumadora— y que, merced a la reconsideración boudoniana, puede decirse que no está ausente hoy de ninguna de las escuelas de aquel país. Su individualismo metodológico se alza ante el holismo de los otros sociólogos franceses, que gozaban de notable séquito, como era el caso notorio de Pierre Bourdieu, cuyas ideas, por ejemplo, sobre la fatal 'reproducción social' a que, dicese, se hallan sujetas las gentes, no podían diferir más con las suyas. (Durante luengos años, el influjo de éste sociólogo, y el de otros franceses, más o menos neomarxistas, se dejó sentir fuertemente entre nosotros mismos, por razones de la 'educación exterior' forzada por la dictadura fascistoide de la época).

En 1973 Boudon publicó su *Desigualdad de oportunidades*, con el que irrumpió en un universo de ideas preconcebidas. En esta obra primeriza pero fundamental, su autor identifica un proceso doble en la formación de la desigualdad. El uno es el escolar, que no obstante, produce una selección notable de los más listos o mejor preparados. El otro es la selección social extraescolar que no viene dada sólo por la clase social (de nuevo, la afirmación polémica) sino, a menudo, también con la congestión de títulos para los que no hay salida ni en consecuencia movilidad ascendente. Por lo tanto, los efectos no deseados —tema fundamental de toda sociología, desde Weber— como los que genera el volumen de titulaciones, entran de lleno en el análisis.

Este mismo fenómeno —el de los efectos no deseados— está emparentado con los efectos perversos de la acción social. *Efectos perversos y orden social* es el título del estudio que dedica a ellos. (Llamados por los economistas ‘externalidades negativas’). El tema, como casi todo en Boudon, es clásico, y puede remontarse a Adam Smith o a Montesquieu, aunque el caso mejor conocido es, naturalmente, el de la teoría malthusiana de la evolución de la población y sus consecuencias catastróficas. Descubre así Boudon el filón para el que, probablemente, estaba incomparablemente dotado: el del estudio de las consecuencias no queridas, agregadas, de la acción social. (Inclusa la más libre o indeterminada.) Sus dos tratados *La lógica de lo social* y *El lugar del desorden* culminan esta pesquisa.

La indagación más característica de Raymond Boudon, y a la que debemos una mayor deuda es su exploración de la racionalidad. Weber, el mayor sociólogo en este asunto dejó, sin embargo, abiertas las posibilidades para su estudio. Algunos hemos detectado no solo tres formas de racionalidad en Weber (la sustancial, la formal y la tradicional), sino bastantes más, en las que no viene al caso entrar ahora. Boudon, por su parte, ataca el asunto desde el ámbito de las concepciones mismas que tiene el hombre de lo racional. En *El arte de persuadirse de las ideas frágiles, dudosas o falsas*, así como en *Lo justo y lo verdadero*, Boudon relaciona la racionalidad con el proceso de racionalización (justificación) y con la argumentación presuntamente racional que damos para entrar en el terreno de lo irracional o lo no justificable. En 1995, este libro recibió el Premio Europeo de Sociología y Ciencia Social, o Premio Amalfi.

La problemática de estos tratados es, naturalmente paretiana, cosa que Boudon reconoce, merced a su constante lealtad intelectual a los clásicos. Que esta línea es igualmente polémica queda claro cuando en libros como *Lo justo y lo verdadero* Boudon, sin misericordia, se enfrenta con el relativismo contemporáneo, a cuya subespecie posmoderna no pierde el tiempo prestándole atención. Parece, no obstante, como si estos vicios de nuestro tiempo le hubieran servido de estímulo para realizar mejor su considerable aportación, condensada en sus *Ensayos sobre la teoría general de la racionalidad*, para desarrollarla y consolidarla en tiempos de confusión.

Raymond Boudon fue uno de los escasísimos sociólogos de talla de su generación que recuperó la misión moral de la sociología para la disciplina. Socavada ésta por el positivismo y el empirismo, por un lado, o por las grandes ideologías en guisa sociológica, por el otro, parecía a la mayoría que la ciencia sociológica debía sumirse en la

más anodina neutralidad moral. El modo boudoniano de responder a estos dos peligros fue el estudio de los valores y el de las creencias normativas, y entenderlas como algo consustancial al ser humano, pero también a los que hacemos sociología. Que haya neutralidad en las reglas del juego no significa que dejemos de juzgar ni de recomendar. La idea es weberiana, y la feliz expresión de ‘racionalidad valorativa’ o ‘axiológica’ también se la debemos a Max Weber, pero su reformulación convincente es, hoy por hoy, la de Boudon. Y lo es, a mi juicio, no sólo por su cartesiana claridad, sino también por el profundo convencimiento ético que inspiró al mismo Boudon al consolidarla. Tras ese convencimiento están sus pruebas, en diversos estudios (como el de 2002, *¿Declive de la moral? ¿Declive de los valores?*), que prueban la idea falsa de que hay hoy una crisis de valores, en el sentido catastrofista con que se sigue escuchando esta frase, o latiguillo propio de gentes nostálgicas o a veces reaccionarias.

Hasta quienes sentimos un seria afinidad electiva por Raymond Boudon —que va más allá de los lazos de amistad que tuvimos la suerte de mantener con él, así como los que proporciona la colaboración— tenemos algunas reservas sobre los posibles excesos a los que puede conducir su individualismo metodológico. (Cuyo paralelo, el individualismo liberal, está siempre presente, por muy diferentes que sean entre sí.) Boudon supo adelantarse a cualquier crítica haciendo hincapié en su noción de ‘propiedades emergentes’ que surgirían de los agregados entre acciones individuales separadas. Ello mitigó objeciones posibles, pero no las eliminó convincentemente. No siempre es fácil constatar que las instituciones sean agregados de acciones discretas, de átomos consolidados en redes, ni reducir conjuntos credenciales (religión, ideología, conocimientos científicos, convenciones sociales de convivencia, como la desigualdad de mujeres frente a hombres, o la obediencia política) a acciones sociales de individuos separados.

Se me antoja que, para acabar este recuerdo a uno de los mejores sociólogos de nuestro tiempo, conviene volver al asunto de su enraizamiento en la sociología clásica. Raymond Boudon estaba firmemente persuadido del progreso de la ciencia sociológica a través del tiempo. También lo estaba, sin embargo, de la idea de que la formulación de su fundamento científico se había realizado a través de un conjunto de clásicos. Sin plantearse, que yo sepa, la aparición de un nuevo paradigma (en el sentido riguroso de esta palabra, que ha sufrido una lamentable degradación en los últimos tiempos) Boudon construyó su edificio como un diálogo con el legado de esos clásicos: Tocqueville, Simmel, Weber, Pareto, Tarde, Durkheim, Weber. (Incluso hasta con el mismo Marx, en cuya obra el colectivismo metodológico no está tan claro, pienso.) Un diálogo que incorpora un conocimiento riguroso de todo lo ocurrido en su tiempo y el nuestro. Un diálogo apenas sin fisuras, con una extraordinaria capacidad para sumar, para demostrar con hechos, el avance constante de la más iluminadora de las ciencias del hombre.

SALVADOR GINER es

**RECIBIDO:**  
**ACEPTADO:**